

citad; se dió cuenta de que no conocía el verdadero carácter de los gitanos.

—Son buenos—pensó en voz alta; son buenos de por sí... siempre que no les paguen para ser malos.

Mabel que le oyó, replicó con dulzura:

—Y siempre que les sea simpático el favorecido. Desde luego tienen derecho á nuestra protección y estima todos los que aman verdaderamente, con toda su alma. El amor es el rey del mundo.



XI

Una pista falsa

Concluida la comida, Mabel reunió la tribu en torno suyo y tomó la palabra:

—Acaba de decir el cristiano que los de nuestra raza somos buenos cuando no tenemos interés en hacer mal. ¿Es cierto?

—¡Hay que vivir!—respondieron algunos.

—Mejores somos todavía cuando tenemos interés en hacer bien—replicó alguien.

—Tenéis razón—añadió la madre.—El poder oculto que poseemos nos ha sido otorgado para obligar á las demás razas de la Tierra á que nos sirvan, aunque no quieran. Pero hay circunstancias en que se impone una tregua entre uno ó varios individuos de aquellas razas y la nuestra, en que debemos ser buenos con quien lo es por índole.

—¿Qué quieres decir?

—Esto: la bondad comprende el desinterés. Pues bien; ignoro si nuestro huésped es rico y si algún día se acordará de recompensarnos por lo que vamos á hacer por él. Voy á deciros todo lo que de él conozco, y cuando me hayáis oído dadme vuestra opinión.

Y Mabel contó casi todo lo que de Lagardère le había relatado Mariquita, omitiendo algunos pormenores que creyó conveniente reservar. Todos escuchaban con avidez, seducidos por los actos de valor y de audacia que oían, como hombres acostumbrados al desprecio de la propia vida y expuestos á perderla á cualquier hora. Si se puede dudar de la honradez de los gitanos, nadie duda de su valor. Además, tienen la religión de la hospitalidad.

—Ahora que sabéis tanto como yo respecto al herido, ¿creéis que basta con curar la herida de su cuerpo?

—¿Y qué podemos hacer para curar la de su corazón?—preguntó el jefe.

—Buscar á su novia hasta encontrarla. Tengo razones para creer que está cerca; pero si así no fuera y hubiera que registrar España entera, pueblo por pueblo. ¿vacilaríais en hacerlo?

—Estamos dispuestos.

—Acordaos de lo que os he dicho. No sé si nos dará una recompensa.

—¿Y acaso la obtendríamos vagando por los caminos? ¿Qué más nos da ir hacia el Norte que hacia el Sur, al Este que al Oeste? ¡Basta á cada día su propio afán!

—¿Es ésa la opinión de todos?

Todos alzaron las manos en señal de asentimiento.

—Tú mandas, madre. ¿Qué quieres que hagamos?

Entonces la anciana explicó que quizá la víspera, las damas habían pasado, por Pancorbo.

—No tenemos pruebas, salvo las presunciones de Mariquita; pero por lo pronto esas presunciones deben servirnos de punto de partida.

Los jefes gitanos no ocultan á su tribu los motivos de sus órdenes: entre ellos no hay traidores, y sabiendo todos por qué trabajan y el fin que se proponen, ni cometen torpezas perjudiciales á la comunidad, ni carecen de iniciativas provechosas.

—Comprobaremos lo que dice nuestra hermanita. Si los astros se lo han dicho, será verdad.

—Ahora levantemos el campo para unir pronto á los que se aman.

Las órdenes de la anciana se cumplieron en un abrir y cerrar de ojos. Lagardère, que había re-

cochado un tanto las fuerzas, pudo darles algunas indicaciones útiles.

No dejaba de extrañarle mucho la conducta de los gitanos, y sin la presencia de Mariquita, de cuya adhesión no dudaba, hubiera desconfiado, creyendo haber caído en un nuevo lazo. Recordaba aún lo que le sucedió antes, sentía instintivo recelo de aquellas tribus nómadas, y hasta hubo momentos en que creyó que engañaban á su amiga. ¿No engañaron en otro tiempo á Flor?

—¡Prepárate á la dicha, que está próxima!—le repetía la gitana.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Todo... Los astros, las flores, mi instinto... Mabel ha hecho tu horóscopo, y ha resultado lo que yo sabía.

—No puedo creer en los horóscopos.

—Eres muy dueño, pero sabe que he fundido el plomo, que nunca engaña, y he leído en él tu destino. El sufrimiento es propio de los predestinados. Antes que hayan transcurrido dos semanas estarás al lado de tu novia. Para ella y para ti habrá años de felicidad. Después tus enemigos se encarnizarán de nuevo contra vosotros. Pero no podrán nada y sucumbirán todos, excepto uno, el más vil, el más viperino, el más lacayuno. Pero tú no sucumbirás antes de haberte reproducido dando á la que amas otro tú, otro vengador

dor que aplastará á la víbora. Acuérdate entonces de lo que hoy te dice la vieja Mabel, y comprenderás que hay que creer en la ciencia de las gitanas.

La Madre había pronunciado esas palabras con tal solemnidad, que el caballero, por incrédulo que fué, experimentó cierto júbilo por la predicción, más aún por Aurora que por él mismo.

—Si esos primeros acontecimientos se realizan, yo te redondaré dignamente.

—La vieja Mabel dormirá en la hendedura de una roca con los pies hacia Oriente, y tú aún continuarás siendo dichoso algún tiempo.

En el primer pueblo, adonde llegaron cuando amanecía pidieron informes. Lo habían atravesado cuatro caballeros. Es la banda de Gonzaga—dijo Mariquita. Si no han visto á los otros, hay que tomar otra dirección. En caminaronse hacia el Oeste, y los espías de la tribu, y hombres y mujeres, no dejaron de explorar ni una senda ni una casa. No hallaron huellas. En ninguna parte habían visto dos mulas escoltadas por cuatro caballeros. Mariquita estaba ansioso del caballero, impaciente por poder buscar por sí mismo. Sin embargo, cierta mañana, después de varios días de pes-

quisas infructuosas, una vieja pordiosera les dijo haber visto seis caballeros cerca de Tolosa.

—Al parecer, cuatro de ellos, eran extranjeros; los otros dos vestían á la española. Pasaron tan rápidamente, que no pude verles la cara.

Esta vez parecía tratarse de una pista seria. Muy bien pudiera ser que para no llamar la atención las jóvenes hubieran abandonado sus vestidos femeninos. Lagardère sintió renacer en su corazón la esperanza. Acaso su amada habría pasado ya la frontera y estaría en salvo. Aquellos días los vehículos de la tribu tomaron un andar más rápido.

En Tolosa sólo se confirmó una parte de las palabras de la mendiga; no eran seis caballeros, sino cuatro, que sin duda regresaban á Francia, pues hacía varios días que se había firmado la paz. Lagardère y Mariquita quedaron atónitos. ¿Cómo podían Chaverny y los suyos haber dejado á las doncellas abandonadas á merced del Príncipe, cuando se hallaban ya á pocas horas de la frontera? ¿Serían los *enrodados*, y no sus amigos, los cuatro viajeros?

Enrique asistió al derrumbe instantáneo de toda la fábrica alzada por su imaginación, y aquella noche tuvo una pesadilla horrible que despertó sobresaltadas á Mabel y Mariquita. Antes que ellas pudieran impedirlo se lanzó fuera

del carruaje con la vista extraviada, las manos extendidas, clamando angustiado, para caer inanimado repentinamente á los veinte pasos.

Una fiebre terrible, contra la cual eran impotentes todos los remedios de la *Madre*, se apoderó de él; se le abrió la herida, y perdió bastante sangre. Ya no era sino cuestión de días su curación, y aquella complicación imprevista venía á destruir todo lo que habían ganado hasta entonces, y quizá á producir un desenlace fatal.

—¿Corre peligro?—preguntó desconsolada la joven á la vieja.

—Vivirá, porque el plomo no engaña. Pero hay que suspender las pesquisas ó proseguirlas sin él. Necesita quietud y silencio. Hay que buscarle un asilo adonde no lleguen los ruidos exteriores, adonde el reposo sea completo, y en el cual halle cuidados exquisitos y atentos. Sólo así puede salvarse.

—Yo le cuidaré, y mi adhesión triunfará del mal.

—¿Y quién nos ayudará á reconocer á las damas? Sólo tú las conoces.

—Os daré señas tan minuciosas, que no podréis equivocaros.

—Sí; si están juntas. ¿Y si se han separado? ¿Y si no encontramos más que á los hombres?

¿Nos creerán? ¿Nos seguirán al punto á donde queramos conducirles.

—Es verdad.—declaró la muchacha gimiendo.

—Madre, tú que tienes saber y experiencia, aconséjame; dime lo que debo hacer. No puedo, ni quedarme á su lado, ni dejarle como está para ir á acompañaros. Y no hay más remedio que hacer una de las dos cosas.

Se retorció los brazos desesperadamente, y las abundantes lágrimas que brotaban de sus ojos se deslizaban por sus mejillas y caían sobre la palidísima frente de Enrique.

—Reflexionemos, hija mía. Pero ante todo tratemos de hacerle recobrar el conocimiento.



—¿Dónde?
—A doscientos pasos de aquí. Una gruta na-



XII

El asilo misterioso.

Algunas horas después, como Mabel y Mariquita hablabán de buscar una vivienda adecuada para el caballero, un mocito que rondaba en torno del carruaje se acercó. Tendría unos quince años, y era el niño mimado de la tribu por su audacia y agilidad. Se deslizaba por el ojo de una aguja; nadie como él escalaba más fácilmente una roca, ni atravesaba un río, ni olía un cristiano, ni robaba con más habilidad y destreza.

—¿Una vivienda?—dijo.—Yo acabo de descubrir una en la cual nadie molestará al rumí, porque no creo que sean muchos los que la conozcan. Y suponiendo que encuentren la entrada, una mujer bastaría ella sola para defenderla.

—¿Dónde?

—A doscientos pasos de aquí. Una gruta na-